

Ante el XXXV Encuentro de Cristian@s de Base de Asturias

En un momento de la historia donde la incertidumbre parece ser la única constante, los grupos de **Cristianos de Base de Gijón** volvemos a alzar la voz para convocar a la reflexión colectiva los próximos días 29 y 30 de mayo. Bajo el lema: “**Un mundo en colapso: ¿Hay razones para la esperanza?**”, se presenta la trigésimo quinta edición de un encuentro que, tras décadas de trayectoria, sigue siendo un referente de pensamiento crítico y compromiso social en Asturias. Fieles al espíritu de la **Teología de la Liberación**, estos encuentros no buscan refugio en el dogma, sino que pretenden recuperar la esencia del Evangelio: esa enseñanza de Jesús de Nazaret que prioriza la dignidad humana y la justicia, valores que a menudo han quedado desdibujados tras siglos de institucionalización eclesial.

Dos miradas para entender nuestro presente

La organización ha diseñado un programa que aborda las heridas abiertas de nuestra sociedad desde dos ángulos complementarios: el análisis sociopolítico y la respuesta ética-espiritual.

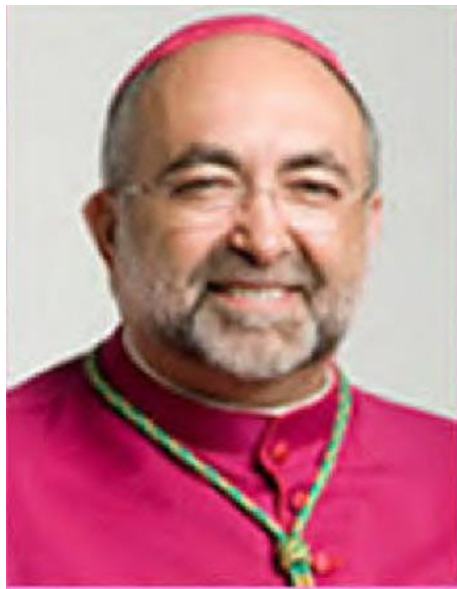
La amenaza a la democracia: Contaremos con la participación de la politóloga y socióloga Cristina Monge, quien bajo el título “**Los populismos y los gobiernos tecnócratas: amenaza para la democracia**”, desgranará los riesgos que acechan a nuestras libertades. En un contexto de polarización y soluciones simplistas, Monge nos invita a pensar cómo blindar la participación ciudadana.

La respuesta desde la fe comprometida: Por su parte, el teólogo y psicólogo José Antonio Vázquez Mosquera presentará la ponencia “**Radicalizar el Cristianismo ante la vida vulnerada**”. Una invitación a volver a la “raíz” (radicalidad) para proteger aquello que es más frágil en nuestra sociedad, proponiendo una espiritualidad encarnada en el dolor y las necesidades del prójimo.

Una invitación para todas y todos

Este XXXV Encuentro no es sólo una cita para creyentes. Es un espacio abierto a un público heterogéneo: a quienes se preocupan por el futuro de nuestras instituciones, a quienes buscan alternativas al pesimismo sistémico y a quienes creen que otro mundo —y otra Iglesia— son posibles.

El colapso puede ser una amenaza, pero también es la grieta por donde puede entrar la luz de una esperanza activa. Los grupos de **Cristianos de Base de Gijón** invitamos, un año más, a no ser meros espectadores del tiempo que nos toca vivir, sino protagonistas de su transformación.



Comunicado de 100 católicos asturianos a Don Jesús Sanz

Señor Arzobispo de Oviedo: deje de avergonzar a esta Iglesia

“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz” (*Mt. 4, 16*) se nos decía en la liturgia de la Navidad. La medida de regularización de inmigrantes, que el Arzobispo cuestiona, es una gran luz para las 500.000 personas que se beneficiarán del real decreto para una regularización extraordinaria; una medida que responde a una demanda ciudadana sostenida durante años con 700.000 firmas de apoyo. Es un hecho que nos debería llenar de alegría, porque se hace realidad que ese “pueblo” migrante ve una luz grande para sus vidas. Parroquias, comunidades cristianas, creyentes en general, viendo esta realidad desde la mirada de Jesús, apoyan y se alegran por este paso necesario, independientemente de circunstancias de oportunidad política u otras que se están mencionando con intención de confundir y amedrentar a la gente.

Pero las manifestaciones públicas del Arzobispo de Oviedo sobre esta materia, reiteradamente usan argumentos y expresiones que se alejan de los mandatos bíblicos y se aproximan mucho más a las voces extremistas que tratan de presentar al inmigrante como sospechoso, delincuente, invasor... En concreto, en su última “aportación” hasta ahora, insiste en que “todos no caben”, expresión absurda, entre otras cosas porque los que serán regularizados ya están aquí. Y siembra de nuevo la sospecha con la frase: “descartando a cuantos se nos cuelan”. En otras ocasiones ha sugerido la invasión demográfica musulmana planificada o que “algunos traen carnet de terrorista”. Sus palabras traslucen una visión del inmigrante alejada de los valores cristianos y de la doctrina católica,

insistentemente reiterada desde antiguo por el magisterio de la Iglesia y actualizada con gran empeño por el papa Francisco y ahora por León XIV.

¿Todos no caben? Debe recordar el Arzobispo que el ministerio sagrado no le confiere competencia alguna para dilucidar la capacidad (y necesidad) que tiene un país, en este caso España, o una región, en este caso Asturias, para incorporar población inmigrante. Se trata de una valoración que corresponde a los técnicos en la materia y que, más allá del recurso de las regularizaciones (usado varias veces por gobiernos de diferente signo en las últimas décadas), debería ser establecida políticamente mediante leyes adecuadas. Por cierto, que en la Fundación FOESSA de Cáritas hay excelentes técnicos en estas materias que le podrán asesorar.

Y en vez de sembrar sospechas y reticencias, sería muy pertinente que hiciera una llamada a todos los políticos para buscar un acuerdo cuanto antes que proporcione un marco legal estable y generoso a las migraciones en España; sería mucho más constructivo y propio de su ministerio eclesial, en lugar de apuntarse al “bombardeo” tendencioso, usando argumentos extremistas que ofenden a la inteligencia, faltan a la misericordia e insultan a las personas extranjeras, en su inmensa mayoría gente honrada y trabajadora, que están entre nosotros buscando una vida mejor.

¿Ha visto el Arzobispo a los grupos de trabajadores senegaleses recogiendo las manzanas en las pumaraes de Asturias este pasado otoño? Pues ahí han estado, ganándose apenas la manutención del día. Con su humildísimo trabajo están aportando a esa “Cultura de la Sidra”, orgullo de Asturias y Patrimonio de la Humanidad; pero lo hacen en condiciones de gran precariedad. Y muchos nos alegramos de que ahora, ellos y otros muchos hombres y mujeres trabajadores vayan a tener una vida algo mejor, puedan trabajar legalmente y tener los derechos que corresponden a la dignidad de toda persona (repase por favor Dignitas Infinita, del Papa Francisco).

¿No todos caben? ¿Quiere decir que hay ya más de los que caben? ¿Se está apuntando a la política de las deportaciones? ¿Va a desautorizar a las organizaciones de Iglesia que apoyaron esta medida de regularización y a su propia **Cáritas**? Y en cuanto a su discrepancia con la posición acordada en la **Conferencia Episcopal** a favor de la **ILP** que reclamaba esta regularización excepcional, es todo lo contrario de una expresión de comunión y lealtad con sus iguales en el ministerio.

¿Cuántos caben? Lo que está claro y es de notorio sentido común, es que cada vez van a “caber” más, dada nuestra evolución demográfica y el contexto de nuestro mercado laboral. Por ello, en lugar de preocuparse por cuántos hay o cuántos vienen, al ministerio pastoral corresponde la tarea de enseñar e

implementar la doctrina católica que manda “acoger, proteger, promover e integrar” al migrante (repase *Fratelli Tutti* de Francisco) y que recuerda, en palabras de León XIV (*Dilexi Te*), que la misión de la Iglesia es construir puentes, no muros, ver hijos donde otros ven amenazas y descubrir que cada migrante rechazado es Cristo llamando a la puerta de la comunidad.

Le rogamos encarecidamente a monseñor Sanz que deje de avergonzar reiteradamente, con sus manifestaciones impropias, a esta Iglesia de Asturias, que hace dieciséis años también le acogió a él para ejercer entre nosotros no otra cosa que la función de pastor, maestro de la fe y testigo del evangelio de la misericordia.

100 firmantes:

Con posterioridad a la publicación del manifiesto transcrito, se fueron produciendo en nuestra diócesis asturiana otros apoyos personales y colectivos, como el de nuestras **Comunidades de Cristianos de Base de Gijón**, que lo hicieron con el siguiente comunicado:

Las comunidades cristianas de base de La Calzada y El Bíbio, expresamos públicamente nuestro apoyo al escrito “Señor Arzobispo de Oviedo, deje de avergonzarnos”, firmado por 101 personas cristianas, ampliamente divulgado estos días por los medios de comunicación, que alza la voz contra el arzobispo Jesús Sanz por criticar la regularización de migrantes, aprobada en el consejo de ministros el pasado 27 de enero. Nos sumamos a la denuncia de que *“sus argumentos extremistas se alejan del Evangelio de Jesús y de la propia doctrina social de la Iglesia y se aproximan mucho más a las consignas ultraderechistas que tratan de presentar al migrante como sospechoso, delincuente, invasor...”* También queremos hacer notar a quienes acusan a los firmantes del documento de sacar de contexto o malinterpretar las palabras del arzobispo, que se olvidan o desconocen las frecuentes opiniones del mismo, coincidentes con las de los líderes del partido más ultraderechista de la política española, con los que, no hace mucho, tuvo el honor de fotografiarse, en Covadonga, a los pies de la imagen de la Santina.

Nuestras comunidades, que intentan siempre ser sensibles a las dificultades de las personas más vulnerables y maltratadas, aplaudimos este manifiesto de repulsa a las declaraciones del Obispo y al que ya se han sumado, por el momento, otras 288 firmas en una campaña de recogida a través de la plataforma change.org.

Por una Iglesia feminista, igualitaria y al servicio de los más empobrecidos.

Comunidades de Cristianos y Cristianas de Base de Gijón.



Redes Cristianas

Trasfondo de la deriva conservadora en la Iglesia



La celebración de una misa tridentina, que tuvo lugar hace unos meses en la Basílica de San Pedro, bajo el amparo de una autorización papal que ha dejado perplejos a propios y extraños, no puede leerse como un simple gesto de apertura hacia las periferias espirituales. La imagen del celebrante de espaldas al pueblo, envuelto en una liturgia de ritos crípticos y latín distante, se erige como un símbolo inquietante de una Iglesia que parece capitular ante sus sectores más reaccionarios. Lo que se presenta como una concesión de “misericordia” es, en realidad, una peligrosa rendición a las presiones de un tradicionalismo que nunca ha aceptado la primavera del Vaticano II y que hoy se siente empoderado por el auge global de las extremas derechas y los fundamentalismos políticos.

Esta regresión no es un hecho aislado, sino la culminación de un proceso de resistencia que ha logrado estancar el Sínodo de la Sinodalidad, esa gran apuesta por una Iglesia horizontal que hoy languidece entre tecnicismos y miedos burocráticos. Figuras como los cardenales Burke y Müller, o el desafío abierto de quienes ordenan obispos al margen de Roma emulando la rebeldía lefebvriana, son sólo la punta de lanza de un modelo eclesial que busca refugio en el pasado para no tener que responder a las preguntas del presente. Para entender esta deriva, es necesario recordar que la historia de nuestra institución ha sido, a menudo, la historia de un paulatino alejamiento del frescor del Evangelio en favor de una estructura de poder corporativo.

El proceso de deformación comenzó pronto. Ya desde los siglos III y IV, la Iglesia inició una metamorfosis que la llevó de ser una comunidad de iguales a una pirámide rígidamente jerarquizada. El Edicto de Milán y el Concilio de Nicea marcaron el inicio de una deriva

dogmática donde la fidelidad al seguimiento de Jesús fue sustituida por la adhesión a fórmulas metafísicas complejas, diseñadas para establecer un “Magisterio” capaz de controlar el pensamiento y asegurar la ortodoxia imperial. Fue en este periodo cuando se consolidó el empoderamiento de un sector clerical que comenzó a vestirse con las ropas de la burocracia romana, alejándose de la sandalia y el camino para instalarse en el trono, el palacio y el privilegio.

A lo largo de los siglos, la formulación sacramental fue redefinida para blindar esta jerarquía. Los sacramentos, que nacieron como signos de la gracia y la vida comunitaria, se transformaron en herramientas de control e intermediación. Al enfatizar casi exclusivamente el carácter sacrificial de la Misa, el clero se auto-constituyó en el único mediador necesario entre la Divinidad y una humanidad que fue declarada, de facto, incapaz de acceder a lo sagrado por sí misma. Se construyó así una muralla de incienso y ritualismo que sofocó la misión original: la transformación del mundo y la atención a la problemática social. El banquete compartido de los primeros cristianos fue sustituido por un espectáculo de sacralidad vertical donde el laicado quedaba reducido a una audiencia pasiva, mantenida en una ignorancia teológica deliberada para asegurar la supervivencia de los intereses de la casta.

Ante este escenario, el laicado progresista no puede permanecer como un espectador melancólico de la involución. Si la jerarquía se repliega en el ritualismo, el pueblo de Dios debe radicalizarse en el servicio. La respuesta a la “deriva de San Pedro” no es el abandono, sino la ocupación de los espacios: devolver la teología a las mesas de nuestras comunidades, recuperar la autonomía de la conciencia frente al dogmatismo vacío y practicar una fe que se mida por su compromiso con los derechos humanos y la justicia climática, y no por la dirección en la que mira el sacerdote.

Hoy más que nunca, es imperativo denunciar que el clericalismo es una forma de idolatría que utiliza el nombre de Dios para conservar privilegios de grupo. Si el Sínodo está estancado en los despachos, debe revivir en las bases. La Iglesia sólo será fiel a Jesús si recupera su vocación de comunidad abierta, donde la autoridad sea servicio y la liturgia sea la celebración de una vida entregada al prójimo. La historia nos enseña que las regresiones son poderosas, pero el Espíritu siempre sopla hacia los márgenes, allí donde la vida clama por justicia y donde el latín, por muy solemne que suene, no tiene nada que decir al corazón sufriente del mundo.



Guillermo Jesús Kowalski

Introducción: cuando la exclusión se disfraza de excelencia

Existe una antigua y humana tentación de confundir valor con distinción, verdad con pertenencia, autoridad con privilegio. En las sociedades contemporáneas, esta tentación adopta formas visibles: clubes privados, listas de espera, rituales de admisión, arquitectura disuasoria, membresías costosas. Espacios diseñados no solo para encontrarse, sino para separarse. El auge de estos clubes no es solo fenómeno urbano o cultural: es un síntoma moral y espiritual de un mundo fragmentado por la desigualdad y la inseguridad identitaria.

Sin embargo, esta lógica de la exclusividad no habita únicamente en el ámbito civil. También encuentra eco en la Iglesia. No podemos señalar la paja en el ojo ajeno y olvidarnos de la viga en el propio (Mt 7,3)

Aunque el Evangelio promueve una mesa abierta, existen salones reservados: élites teológicas, clericalismos ilustrados, magisterios blindados que miran con sospecha toda palabra que no provenga de los lugares “autorizados” en los que parecería estar enjaulado el Espíritu Santo para convalidar las ocurrencias de su status “superior”.

I. El elitismo como mecanismo de seguridad: sociología del “solo para miembros”

Los clubes privados contemporáneos intentan responder a necesidades reales: comunidad, red de contactos, intimidad, protección frente a la intemperie urbana. La sociología confirma que los seres humanos necesitamos pertenecer. Pero el problema es el modo de construir pertenencias. No todo agrupamiento es comunidad...

Como señala Diana Kendall, el club funciona simultáneamente como espacio de cohesión interna y de exclusión externa. La exclusividad no es un efecto colateral: es el producto principal. Pertenecer a un club selecto genera prestigio; la admisión produce identidad y el rechazo de otros refuerza la autoestima del grupo.

Este mecanismo no es nuevo, caracteriza la grieta humana. La reproducción de las élites no siempre es por dinero, sino por capital simbólico y social, transmitido en espacios cerrados que se presentan como naturales, neutrales o meritocráticos.(Pierre Bourdieu)

La Doctrina Social de la Iglesia enseña que este tipo de segregación erosiona el bien común. *Gaudium et Spes* ya denunciaba que las desigualdades excesivas rompen la fraternidad social. Cuando los espacios de encuentro se amurallan, la ciudad deja de ser lugar de encuentro, deja de tener olor a "pueblo y cercanía humana".

En *Fratelli Tutti*, el Papa Francisco denuncia los «mundos cerrados» y grupos autoexcluyentes, frente a la necesidad de un amor que rompa las burbujas de exclusión. Aunque aplica a la sociedad, la crítica resuena en la propia iglesia en los capítulos 1 y 3. Sin "pueblo" no hay Pueblo de Dios.

II. Jesús frente a la doble vanidad: la de los ricos y la de los “puros”

El Evangelio critica dos tipos de elitismo: el económico y el religioso. Ambos comparten un mismo núcleo: la autorreferencialidad.

Jesús no condena la riqueza como tal, pero sí su absolutización narcisista. “¡Ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!” (Lc 6,24). Es una radiografía espiritual: quien se encierra en su privilegio pierde la capacidad de ver, aprender y convertirse.

La parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro (Lc 16,19-31) revela con crudeza este pecado : el rico no golpea al pobre, simplemente no lo ve. Vive amurallado en su banquete cotidiano, en su élite exclusiva y excluyente, un refugio sordo a la interpelación del otro.

Pero Jesús es aún más incisivo con el elitismo religioso. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!, que cerráis a los hombres el Reino de los cielos” (Mt 23,13). El problema no es "la competencia teológica, moral o espiritual", sino su apropiación excluyente. El conocimiento de Dios convertido en frontera, no en puente. Es una apropiación para legitimar superioridad, control y dominación de “los de abajo”.

Jesús invierte la lógica "de toda la vida": el acceso a Dios no pasa por la pertenencia a una élite intelectual, mística o moral, sino por la apertura humilde a los “pequeños”. “Te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla” (Mt 11,25).

Por eso Jesús rompe deliberadamente la lógica del “solo para miembros”. Elige apóstoles entre la gente sencilla, come con pecadores, toca impuros, escucha a mujeres, ayuda a extranjeros. El amor que proclama no es solo sentirse bien con los amiguetes: “Cuando des un banquete, invita a los pobres...” (Lc 14,13). Tampoco es resentimiento de clase, es encontrarle solución al mundo desde otro ángulo, uno que desmonta el orden del prestigio y pone en su lugar a los bienaventurados, crucificados y samaritanos. No les tiene lástima, sabe que “los pobres son sujetos de una inteligencia específica, indispensable para la Iglesia y la humanidad” (Papa León, *Dilexit Te* 82).

Pablo profundiza: “Dios escogió lo que el mundo tiene por necio... para que nadie pueda presumir delante de Dios” (1 Cor 1,26-29). La comunidad cristiana nace así, como una desautorización permanente de toda tentación imperial.

III. El elitismo dentro de la Iglesia: clericalismo, academia y falsa seguridad

La Iglesia, tan divina y tan humana, no está exenta de esta tentación. Son históricos los elitismos intraeclesiales similares a los clubes privados: derecho de admisión, lenguaje críptico, latines y ritos de espalda al pueblo, legitimación mutua, sospecha del diferente, desprecio del “no iniciado”... y la "omertá" para los "traidores" que desertan.

El clericalismo, denunciado por el papa Francisco, no es solo un error pastoral; es una patología espiritual. Se manifiesta cuando prelados o teólogos se consideran los únicos

autorizados para hablar de Dios, olvidando que —como recuerda *Lumen Gentium*— todo el Pueblo de Dios participa del *sensus fidei*.

Gustavo Gutiérrez decía que hace teología quien vive la fe y la confronta con la realidad histórica. La teología es antes que nada una racionalización de la experiencia de fe. Es necesaria la de todos para componer el Poliedro del Reino: desde el blog hasta la cátedra, todos somos necesarios para que la Iglesia no se convierta en una “cámara de eco” donde sólo escuchamos a los “selectos” que piensan como nosotros.

Los insignificantes siempre tendrán mucho que decir en la galaxia cristiana y “sin ellos, la teología se vuelve ideología religiosa” (Jon Sobrino). Leonardo Boff denunció el “narcisismo eclesiástico” de una Iglesia más preocupada por custodiar su prestigio que por acompañar el sufrimiento humano, en resaltar la autoridad como sumisión que como servicio. Ivone Gebara añade que el elitismo teológico reproduce lógicas patriarcales de control del saber, en las que la experiencia —especialmente la de las mujeres y los pobres— es deslegitimada.

La experiencia del papa Francisco fue decisiva. Él mismo sufrió ese exclusivismo. No terminó su doctorado en Alemania. No encajó en ciertos círculos académicos. Eligió volver a su pueblo, a la pastoral concreta, a la escucha de la vida real. Y desde ahí reformuló el modo de teologizar: una teología en salida, para hospitales de campaña, encarnada, atenta a los signos de los tiempos, herida por la realidad.

Esa experiencia marcó su línea: “Prefiero una Iglesia accidentada por salir que enferma por encerrarse” (*Evangelii Gaudium*, 49). Lo mismo vale para la teología que ha de estar abierta a todas las experiencias de fe y expresiones, no solo a las academicistas que giran sobre sí mismas autocitándose.

El clericalismo reduce el pensamiento teológico a comentario obsequioso al magisterio. La fidelidad crítica y creativa le resulta “peligrosa” a su concepción de “ortodoxia” burocrática. Por eso, mientras haya clericalismo, siempre habrá inquisición, aunque sus escarmientos parezcan más sutiles.

Gustavo Gutiérrez insistió en que la teología no es un lujo de élites intelectuales, sino una reflexión crítica nacida de la praxis histórica de la fe, desde los pobres. Significa admirar su sabiduría frente a la sospecha ilustrada. Los pobres hacen teología todos los días con su experiencia de fe, no para competir con las admirables obras de los grandes, ni para contrariar las voces del magisterio, sino para encarnar capilarmente su insustituible lugar hermenéutico del Poliedro del Reino.

Conclusión: de los salones cerrados a la intemperie del Evangelio

El auge de los círculos exclusivos y el persistente elitismo intraeclesial buscan seguridad cerrando puertas. Frente a ello, el Evangelio propone una alternativa arriesgada: la mesa compartida con los descartados, la palabra que circula, la verdad que se discierne en común, sinodalmente.

La esperanza cristiana desactiva toda apropiación excluyente. Jesús no fundó una élite ilustrada, sino una comunidad frágil, plural y conflictiva, donde la única credencial era el deseo de seguirlo.

En un mundo obsesionado con la distinción, el cristianismo sigue anunciando una verdad incómoda: nadie posee a Dios. La fe no se administra desde clubes cerrados, curias imperiales ni bibliotecas blindadas, sino que se vive, se arriesga y se discierne en la historia concreta, allí donde el Espíritu sigue ardiendo y desconcertando.

Tal vez hoy la verdadera excelencia —social y eclesial— consista en renunciar al “solo para miembros VIP” y atreverse al éxodo bíblico. Porque solo allí, lejos de los círculos privilegiados que esclavizan el sentido, el Evangelio vuelve a ser Tierra Prometida.



“Los dirigentes de la derecha española presumen de fe, de tradición y de valores cristianos, pero cuando bajan del altar hacen política o incluso gobiernan como si el Evangelio fuera un folleto publicitario que reparten para captar votos”.

Los principales líderes de la derecha española, **Alberto Núñez Feijóo**, **Santiago Abascal** y la madrileña **Isabel Díaz Ayuso**, hacen constantes manifestaciones públicas de catolicismo. En las pasadas fiestas de diciembre incluso gastaron abundante munición mediática para criticar a sus adversarios que las felicitaban en general y no como Navidad.

Feijóo acaba de decir hace pocos días que los ideales de su partido son «la libertad, la paz, la democracia, la sostenibilidad, la defensa del Estado de Derecho y la tradición y la cultura cristiana». Aunque Abascal afirma que su partido no es confesional y que en él caben personas de diferentes creencias, en diversas ocasiones se ha declarado expresamente católico. Y lo mismo ocurre, e incluso en mayor grado, con Díaz Ayuso. En su último discurso navideño, dijo que «el nacimiento de Jesús es un mensaje de amor y verdad» y que «ser católico es la antítesis de ser racista o insolidario».

La derecha española ha sido siempre de sacristía y siempre ha presumido de alma limpia y conciencia recién planchada. Sus líderes se santiguan en público, comulgan y hacen continua ostentación de fe. Pero salen de las iglesias y acto seguido se ponen a mentir con tranquilidad pasmosa.

No exagero. Estos últimos días lo están haciendo sin piedad, vergüenza ni límite para combatir no a la regularización de inmigrantes en sí, sino al gobierno -según ellos enemigo de España- que ha aprobado la medida (defendida entre

otras instituciones por la Conferencia Episcopal y las patronales de sectores en donde se emplea a mayor número de trabajadores extranjeros).

Denuncian los dirigentes de la derecha que la regularización del gobierno de Pedro Sánchez modificará el censo electoral.

Dejando a un lado que dan por hecho que los inmigrantes regularizados votarían en masa a la izquierda -lo que desde luego estaría por ver-, se trata de una afirmación mentirosa porque en España (como en todos los países) sólo votamos los nacionales, y **una cosa es regularizar y otra nacionalizar**.

No cabe pensar ni por un momento que Feijóo, Ayuso y Abascal y su plétora de asesores no sepan la diferencia entre ambos procesos, de modo que es inevitable asegurar que están mintiendo a sabiendas.

Los dirigentes de la derecha española presumen de fe, de tradición y de valores cristianos, pero cuando bajan del altar hacen política o incluso gobiernan como si el Evangelio fuera un folleto publicitario que reparten para captar votos.

Y no sólo mienten, sino que mantienen completamente alterados los valores y principios éticos que cabe asociar con el catolicismo. Se supone que ser cristiano es seguir a Jesús de Nazaret quien, según el Evangelio de Mateo, dijo: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles (...) era forastero, y no me acogisteis».

Feijóo, Abascal y Ayuso mienten y criminalizan sin misericordia a las personas que trabajan a nuestro alrededor, empleadas allí donde nosotros no queremos trabajar, o que vienen a suplir nuestra falta de mano de obra. Y lo hacen, además de mintiendo, con inhumano desprecio, como igualmente le sucedió a José Luis Martínez-Almeida, alcalde de Madrid, quien también ha confesado en diversas ocasiones su ferviente catolicismo. En noviembre de 2024 dijo: «He sido bendecido por el don de la fe», pero su ayuntamiento prohibió que una ONG repartiera bocadillos a personas sin hogar. A diferencia, como en los casos anteriores, de la enseñanza de Jesús: “... *tuve hambre, y no me disteis de comer*”.

La fe católica de los dirigentes de la derecha española es de quita y pon. Se la lleva el humo cuando se trata de ayudar al débil o de repartir la riqueza: «Lo más grave de la ley es la justicia, la misericordia y la fidelidad» (digo yo, que esta última también aplicada a la verdad).

La regularización de inmigrantes no da papeles automáticos, no concede nacionalidad, no otorga derecho a voto, no convierte a nadie en delincuente ni supone invasión alguna. Es simplemente un intento -modesto y hasta tardío- de sacar de la clandestinidad a personas que ya viven y trabajan en nuestro país, al que de esa forma ayudan a sostener y hacer más grande y próspero. Pero mentir sale más barato que pensar, el miedo moviliza más que la verdad y a estos dirigentes que presumen de católicos le vale todo para acabar con sus adversarios.

Ahora bien, si la fe de los Abascal, Feijóo y Ayuso no parece muy coherente por todo esto que señalo, el príncipe de los sepulcros blanqueados («¡escribas y fariseos, hipócritas!: por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda podredumbre») es, sin lugar a dudas, el obispo de Orihuela-Alicante, **José Ignacio Munilla**.

Este va mucho más lejos. No sólo no se pronuncia con las palabras de Jesús que he mencionado, ni habla como quien cree en ese Dios justo y misericordioso, sino creyendo que él mismo es Dios omnisciente y que, por tanto, dispone de la capacidad que ningún ser humano tiene: la de saber las intenciones reales de cualquier otro y, en este caso, las de Pedro Sánchez y su gobierno cuando proponen la regularización.

Según este obispo, no la han aprobado por las razones que han señalado: dar un justo estatus legal, seguridad jurídica, derechos y una vía ordenada de integración a miles de personas que ya están entre nosotros, la inmensa mayoría de ellas conviviendo aquí en paz y generando riqueza; para favorecer la cohesión social y la dignidad humana, permitiendo que ejerzan sus actividades legalmente y reciban las contraprestaciones que legalmente les corresponda; para desarrollar una política migratoria basada en derechos humanos, integración y convivencia, no sólo compatible sino que impulsa el crecimiento económico; y para atender la demanda ciudadana plasmada en una Iniciativa Legislativa Popular suscrita por cientos de miles de firmas.

No. El Obispo asegura que esta medida se ha tomado como “**estrategia para conseguir otros fines**”, para hacer «patente el desprecio de nuestros gobernantes hacia los pensionistas y hacia los inmigrantes, a quienes utilizan como moneda de cambio...».

Dijo Jesús en su Sermón de la montaña: «***Guardaos bien de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de oveja, pero por dentro son lobos voraces. Por sus frutos los conoceréis***».

Por mucha Misa a la que vayan y organicen, por muchas veces que comulguen y por muy abundantes que sean sus declaraciones de fe, los dirigentes de la derecha española no pueden disimular cuáles son sus actos reales. Por sus frutos se les puede conocer perfectamente y por eso se les puede decir exactamente lo mismo que dijo Jesús a los fariseos: «Os hacéis pasar por justos delante de la gente, pero vuestro interior está lleno de hipocresía y maldad».

Mucha misa, mucha comunión y mucho símbolo y actos religiosos... pero poca justicia, poca misericordia y demasiada mentira.

PD. Después de haber publicado este artículo, una amiga me envía el siguiente video de hace unos años en el que se ve a Isabel Díaz Ayuso declarando que no es creyente. Más engaño todavía.

La marquesa del sacrificio ajeno: Cayetana Álvarez de Toledo,

Evangelio de Instagram y la mística del recorte

Hay personas que hablan de sacrificio como quien habla de un hobby. No porque lo hayan vivido, sino porque lo han observado desde la comodidad de su mundo blindado, con curiosidad académica y ningún riesgo personal. A Cayetana Álvarez de Toledo, marquesa, diputada y predicadora moral en redes sociales, se le enciende el verbo —y casi el gesto— cuando habla de recortar pensiones, festivos o derechos sociales. No es sadismo: es convicción ideológica. La serenidad de quien sabe que nunca le tocará pagar la factura. Mientras ella habla de sacrificio, el resto del mundo sufre con la sonrisa de los privilegiados.

Sus palabras, difundidas en Instagram, ese púlpito digital donde la moral se mide en likes, se presentan como reflexión sobre el precio de la democracia. Pero no hay profundidad: hay catecismo. El de siempre: más gasto militar, menos derechos sociales, una homilía solemne para que el recorte parezca virtud. Recortar derechos nunca fue para ellos un drama: es vocación. La tragedia ajena se convierte en espectáculo de salón.

Cuando Cayetana pregunta qué estamos dispuestos a sacrificar, insiste: no es una pregunta retórica. Bajemos del púlpito al suelo, como recomienda el Evangelio. ¿Qué sacrifica ella? ¿Qué pensión ve recortada? ¿Qué festivo necesita para llegar a fin de mes? ¡Ninguna! Su vida ha estado protegida por la santa trinidad del privilegio: seguridad económica, capital cultural y red social de poder. Colegios de élite, títulos acumulados, universidades prestigiosas, apellido compuesto y biografía blindada. La precariedad, para ella, es una categoría analítica, no una experiencia vital. Y aún así, se permite sermonear sobre sacrificio.

Y aquí entra la expresión incómoda: “quienes nunca han tenido red”. No es poesía social. Es realidad material. Tener red es no romperse; no tenerla es vivir al filo del vacío. Pero esto no aparece en Instagram. Quien sí tiene red puede hablar de sacrificios con calma, perder un festivo o retrasar una pensión porque no pone en juego su vida ni su dignidad. Tiene ahorros, patrimonio, sanidad privada y contactos. El Estado es solo una opción más. Si caen, caen sobre plumas. Mientras tanto, el resto sostiene el mundo sobre sus espaldas desnudas.

Quien nunca ha tenido red vive sin paracaídas. La pensión no es un complemento: es el suelo. La sanidad no es una preferencia: es supervivencia. Un festivo no es ocio, es descanso físico tras semanas de trabajo agotador. Un recorte no es ajuste técnico: es un golpe al estómago. Pero nunca se les pregunta si pueden sacrificar más. Se da por hecho. Siempre hay que pedirles un poco más. Y cuando se les exige, la aristocracia sonríe y llama a eso responsabilidad.

Presentar como universales renunciadas que solo soporta una minoría protegida es abuso estructural. Pedir el mismo esfuerzo a quien tiene colchón y a quien no, no es igualdad ni justicia. Una obra maestra de retórica al servicio de la desigualdad. Mientras los pobres caen, los ricos escriben lecciones de vida desde sus sillones acolchados.

Estos discursos nunca empiezan por arriba. Nunca hablan de sacrificar privilegios, herencias, rentas de capital o redes de poder. Empiezan siempre por lo mismo: pensiones, festivos, derechos sociales. Porque saben que quien no tiene red no puede decir que no. No tiene margen, no tiene alternativa, no tiene púlpito digital desde el que responder. Y así, el sacrificio se convierte en espectáculo y los que sostienen la sociedad, en mártires de escritorio.

Resulta edificante este discurso cuando subir 10 o 15 euros a quien vive con 1.000 euros se presenta como amenaza al orden mundial, pero cuando se suben sueldos desde las instituciones, la épica se disuelve. No hay patria, no hay Evangelio, no hay sacrificio. Hay normalidad administrativa. Y el resto, por supuesto, aplaude desde el margen, con la conciencia limpia y los bolsillos llenos.

Cayetana invoca a Macron y Francia. Un espejo revelador. Francia no demuestra sacrificio; demuestra imponerlo siempre a los mismos. El recorte convertido en dogma, la política en fatalismo. Los que sufren, invisibles para el relato. Mientras tanto: sanidad colapsada, listas de espera indecentes, cribados de cáncer desmantelados. Personas que llegan tarde al diagnóstico. Personas que no llegan. Frente a eso, no hay cuidado: más paciencia, más sacrificio, más silencio. Muy evangélico todo, si tu evangelio se escribe con billetes.

Cayetana habla de vacaciones, festivos, pensiones como si fueran caprichos de una sociedad blanda, no derechos conquistados con décadas de lucha. Convertir la dignidad en exceso y el descanso en pecado. El Evangelio según Instagram. La misa se oficia desde el salón.

Mucho Evangelio mal leído. Mucha cruz ajena, muy poco pan compartido. El Evangelio auténtico hablaba de poner al pobre en el centro, no de usarlo como ejemplo moral mientras se le recorta. Sufre tú, que yo lo explico bien. Si protestas, te acusarán de no comprender la grandeza del sacrificio.

Y el cinismo: cuando aparecen SICAV, fortunas y privilegios fiscales, el tono se vuelve técnico, prudente. Nada de épica, nada de deber. El cinturón solo se aprieta hacia abajo. Los que viven arriba aplauden desde sus salones blindados.

Todo encaja: capitalismo que dificulta la vida, derechos sociales convertidos en variable de ajuste, derecha encantada de ejercer de bastión ideológico. Patriotismo de pandereta. Banderas para tapar tijeras. Mucha democracia en abstracto y muy poca vida digna en concreto.

El mensaje de Cayetana no es coraje. Es pedagogía de la resignación con aroma aristocrático. Pedir sacrificios desde el lujo, citar el Evangelio sin pasar por el pobre, mantener las manos limpias. Una democracia que exige dolor solo a los que menos tienen no se defiende; se vacía. Recortar pensiones y festivos no es libertad: es disciplina social bendecida desde Instagram. ¡Ninguna misa lo bendecirá!

Bienaventuranzas: no dicen “bienaventurados los que recortan”, ni “los que ajustan”, ni “los que piden a los pobres que entiendan el contexto internacional”. Empiezan con los pobres, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia. No los que administran el dolor desde arriba. Y a esos, ni el Evangelio los salva.

El cristianismo de verdad no bendice el sufrimiento impuesto, ni convierte la precariedad en virtud cívica. No pide sacrificios a quien ya carga la cruz; pregunta quién la puso ahí y por qué siempre son los mismos. Todo lo demás es teología del recorte, moral de salón y Evangelio sin pobres. Ni Dios lo bendice.

Esto no va de democracia, ni de libertad, ni de fe compartida. Va de quién paga, quién decide y quién sonríe mientras explica que no hay alternativa. Cuando el sacrificio cae sobre los mismos y la red solo existe para unos pocos, no es debate moral: es coartada.

Ni la liturgia la toca. Y si alguien dice lo contrario, que se mire en el espejo antes de predicar sacrificios que nunca conocerá.

José Carlos Enríquez Díaz



No deja de sorprender que quienes más sufren el deterioro de sus condiciones de vida acaben respaldando discursos que lo justifican. El malestar social se desvía hacia miedos identitarios que se usan para favorecer una política de recortes y privatizaciones. Recuperar la conciencia de quién toma las decisiones y a quién benefician es clave para dejar de enfrentarnos entre iguales y volver a poner la vida en el centro.

El panorama político actual presenta una paradoja que merece un análisis profundo: ¿por qué tantas personas cuyas condiciones de vida dependen de servicios públicos fuertes y salarios dignos terminan apoyando opciones políticas que favorecen los intereses de las grandes élites económicas? Para entender esto, es fundamental recuperar un concepto que parece haber sido borrado del discurso público, pero que sigue determinando nuestra realidad cotidiana: la lucha de clases. La teoría marxista aclara certeramente que la sociedad no es un conjunto armónico de individuos, sino que está dividida fundamentalmente por la posición que ocupamos en el sistema de producción. Por un lado, están quienes poseen los medios para generar riqueza y, por otro, la inmensa mayoría que sólo dispone de su fuerza de trabajo para subsistir. Esta diferencia genera intereses contrapuestos que no pueden ignorarse sin caer en el engaño, ya que la realidad material se nota cada día en el acceso a la vivienda, la calidad de la sanidad o la estabilidad laboral.

Sin embargo, para que el sistema dominante se mantenga, necesita que la clase trabajadora olvide su identidad y se fragmente. Aquí es donde entran en juego estrategias como el nativismo, que se presenta como una defensa de “los de aquí” frente a “los de fuera”, pero que en la práctica funciona como una cortina de humo. En lugar de señalar a quienes recortan derechos o bajan impuestos a los más ricos, se culpa a personas migrantes que suelen trabajar en condiciones de extrema precariedad. Este mecanismo busca que el trabajador local vea

con sospecha a su igual en lugar de unirse a él contra la explotación, desviando el foco del verdadero conflicto de clase hacia un conflicto de identidad nacional. Cuando un trabajador cree que su problema es otro trabajador –sólo que nacido en otro país– deja de ver que sus dificultades vienen de decisiones económicas tomadas por quienes concentran el poder.

A este escenario se suma el autoritarismo, que se alimenta del cansancio de quienes sienten que las instituciones no responden. Se promete “mano dura” y orden como solución rápida, pero esa fuerza suele utilizarse para acallar la protesta social y disciplinar a quienes cuestionan el orden económico establecido, despojando a las clases populares de sus herramientas de resistencia. Este cuadro se completa con un populismo excluyente que divide el mundo entre un “pueblo puro” y una “élite corrupta”, pero que a menudo señala como enemigos a intelectuales o artistas mientras protege las políticas de las grandes corporaciones y el capital financiero. La retórica es popular, pero las medidas benefician a los fondos de inversión y a los sectores más privilegiados.

Un ejemplo clarificador de esta deriva lo encontramos en la etapa de gobierno de Mariano Rajoy en España, que las fuerzas de la Derecha quieren reeditar. Bajo el paraguas de la “austeridad”, se ocultó una transferencia masiva de recursos y derechos desde la clase trabajadora hacia los grandes capitales. Mientras se rescataba con dinero público al sector bancario –esa élite financiera real que rara vez es señalada–, se aplicaba una devaluación salarial sistemática y se liquidaban servicios esenciales como la sanidad, la educación y las pensiones. Esta maniobra no fue un error, sino una herramienta consciente para aumentar el beneficio empresarial, confirmando que el Estado, en manos de la burguesía, actúa como administrador de sus propios negocios. Para que este saqueo fuera aceptado, fue necesaria una maquinaria mediática implacable que, a través de la desinformación y el miedo, convenció a muchos de que “habíamos vivido por encima de nuestras posibilidades”, culpabilizando a la víctima para que aceptara el castigo de los recortes.

Recuperar la conciencia de clase significa entender que nuestras necesidades no se resuelven señalando al inmigrante o entregando el poder a un líder mesiánico, sino reconociendo que la verdadera fuerza reside en la solidaridad colectiva. Cuando la clase trabajadora –en toda su diversidad– comprende que sus problemas no vienen de otros trabajadores, sino de estructuras que concentran riqueza y poder, se vuelve mucho más difícil que prospere la división. Desmontar estas trampas ideológicas es el primer paso para volver a poner la política al servicio de la mayoría social y defender los intereses de quienes, con su esfuerzo diario, sostienen el mundo. La pregunta clave no es quién grita más fuerte, sino quién protege realmente las condiciones materiales de vida de la gente común.

Si algo demuestra el avance de las políticas antisociales es que no se sostienen sólo en la fuerza de quienes dominan, sino también en la ignorancia inducida y la insolidaridad cultivada entre quienes padecen la explotación. Un sistema que necesita trabajadores enfrentados, desinformados y desconfiados no teme a la mayoría social, sino a su toma de conciencia. Afrontar esa realidad –reconocer cómo se fabrica el consentimiento y cómo se debilitan los lazos colectivos– es un primer paso imprescindible para no seguir allanando el camino al orden capitalista. Porque ningún proyecto de emancipación es posible mientras se asuma como natural lo que es, en esencia, una relación de dominio.